

19ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 14,22-33.

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente.

Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo.

Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida: -¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó: -Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

Él le dijo: -Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

-Señor, sálvame.

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: -¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él diciendo:

-Realmente eres Hijo de Dios.

¿VIVIR DUDANDO?

Este relato, así como el de la multiplicación de los panes de la semana pasada, trata de visualizar el escenario en el que se pueden encontrar todos aquellos que quieren acercarse a Jesús.

La fe en Jesús pasa por la superación y la asimilación de la duda. La fuerza del viento y los peligros de la vida son referencias que dibujan la situación de dificultad que presupone el Reino de Dios y el esfuerzo que se necesita para superar la actitud de duda.

Vivimos tiempos de increencia, incluso de rechazo de todo aquello que huele a trascendencia, que hable de Dios. Algunos rechazan a Dios en su vida porque no sienten la necesidad de nadie para dar sentido a su existencia. Piensan que se bastan a sí mismos y, según ellos, quien recurre a Dios es porque no tiene la valentía de asumirse como es y se rebaja a caminar con muletas. Una actitud de autosuficiencia que dificulta enormemente el encuentro con Dios.

Otros sí creen de alguna manera en Dios. Sí creen que el ser humano no se basta a sí mismo y que de alguna manera necesitan de Dios. Pero no lo ven claro. El mundo tampoco les ayuda y renuncian a vivir con Él. No se hacen preguntas. Lo más fácil es olvidarse de Dios e instalarse en la indiferencia. No parece una postura ni valiente ni coherente, pero quizás sea hoy una de las más frecuentes.

Otros sí creemos en Dios. Sí, queremos dar respuesta a nuestros anhelos de infinitud, a nuestros anhelos de Dios. Sí, queremos vivir la vida con sentido y compromiso, de acuerdo a los designios de Dios. Sí, queremos abrirnos confiadamente a su misterio y poner nuestra fe en Él. Incluso, nos decimos cristianos.

Sin embargo tenemos dificultades, a menudo dudamos, no nos resulta fácil convivir en el mundo con las actitudes de Jesús, vivir nuestro día a día como Él vivió. No cabe duda que intentarlo todos los días requiere determinación, esfuerzo y constancia. Y eso sin olvidarnos de pedir su ayuda, de vivir en su presencia.

En el Evangelio de hoy se apunta todo esto con bastante claridad. Que el camino de la fe ni es fácil ni tampoco algo que se perciba como seguro, algo de lo que podamos disponer a voluntad. El diálogo de Pedro con Jesús pone de relieve las dudas de éste hacia su Maestro “*Señor, si eres Tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua*”

La actitud de Pedro es verdaderamente paradigmática. En ella se personifica y simboliza todo caminar hacia Jesús. Un caminar que no está exento de dudas, porque, junto a la certeza y seguridad absolutas que la palabra de Dios promete, está el riesgo de salir de uno mismo hacia lo que no vemos.

El riesgo de la fe está, precisamente, en que a nuestros pies les falta la arena y hemos de caminar, nosotros también, sobre el agua. Eso sí, al igual que sus discípulos, implorando el apoyo de Jesús, implorando su ayuda, pero convencidos de que, en todo momento y circunstancia, Él nos ofrece su mano salvadora. Esa mano que, como don de Dios que es, hemos de acoger y cuidar con fidelidad.

Es una experiencia que es personal. No basta creer lo que otros dicen. Cada uno ha de encontrar su camino hacia Dios. Son ilustrativas las palabras de uno de los personajes de una novela de E. Wiesel: «*Cada hombre tiene una plegaria que le pertenece, igual que tiene un alma que le pertenece. Del mismo modo que a un hombre le es difícil encontrar su alma, también le es difícil encontrar su plegaria. La mayoría de la gente vive con almas y recita oraciones que no son las suyas; hoy, Michael, has encontrado tu oración.*»

Es justamente lo que necesitamos. Encontrar cada uno nuestro camino hacia Dios, encontrar nuestra propia oración.



Y en todo caso saber que, en los momentos más difíciles, cuando uno no acierta ni a creer, siempre queda la mejor oración, esas palabras cargadas de sinceridad que Pedro dirige a Jesús cuando comienza a hundirse en el mar de Tiberíades:

«SEÑOR, SÁLVAME»

¡Que así sea!
Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
10 de agosto de 2014